



LA METÁFORA

Jorge Luis Borges

Hacia 1905 ó 1907, Lugones publicó su *Lunario sentimental* y, en un prólogo polémico dijo, entre otras cosas que toda palabra es, bien vista, una metáfora. Y ese prólogo fue muy importante para sus contemporáneos y, sobre todo, para quienes unos quince años después tomamos esas palabras, para usar una metáfora, al pie de la letra. Es verdad, toda palabra es, bien vista, una metáfora. Lugones pudo haber invocado la autoridad de Emerson, que dijo que el lenguaje es poesía fósil, "*all speech is fossil poetry*", lo cual a su vez es una metáfora. Y basta hojear un diccionario etimológico, tenemos en inglés el de Skeat, en alemán el de Kluge, en español creo que no tenemos ninguno, el de Corominas es bastante deficiente, el de la Academia es deplorable. Bueno, podemos hojear ese o el de Littré en francés, y convencernos de que todas las palabras son metáforas, es decir, que han significado otra cosa. Ese es un hecho que podrá ilustrarse con algunos ejemplos que no dejan de ser pintorescos, por usar otra metáfora, ya que no podemos eludirla hoy, según parece. Por ejemplo,

* Reimpresión de la conferencia dictada en la Asociación Psicoanalítica Argentina en 1978. Revista de Psicoanálisis Vol. 63, N° 3, 2006 pág. 539-548.

tomemos la palabra “náusea”. ¿Quién diría que en esa palabra tan ingrata, en esa palabra que parece ser ajena a toda belleza, en la palabra “náusea” está la palabra “nave”: “navis”: “navío”, ya que lo que se siente a bordo es la náusea? De modo que, de algún modo, “náusea”, “nave”, “naval”, “náutico”, son palabras afines.

O busquemos otra hermosa palabra, la gran palabra “cosmos”. “Cosmos” es el orden del universo, el orden de los astros, de las estaciones, de las generaciones humanas. Todo eso forma el cosmos. Y, quién diría, a priori, que esa palabra es la misma que encontramos disminuida y hecha trivial en “cosmético”, ya que es el pequeño orden que se impone a la cara contraponiéndolo al gran orden que el universo tiene? Aquí tenemos dos casos en que nadie podría pensar que había afinidad entre las dos palabras.

Pero podemos invocar otros ejemplos, no menos asombrosos.

Pensemos en la galaxia y pensemos en la lechuga. ¿Qué puede haber de común entre ellas? Pues bien, lo hay, ya que la “galaxia” es la vía láctea, una salpicadura de leche en el cielo; y la “lechuga”, según parece, efunde un líquido parecido a la leche. En francés se ve eso bastante claro, en español también: “leche”, “lechuga”, “latí”, “laitué”; y luego la “galaxia”, las galaxias en el cielo. Todo eso tiene el mismo origen.

Podemos pensar también en los nombres de los países. Aquí los ejemplos son quizá tan múltiples como los países.

Nosotros, por ejemplo, “argentinos”, “Río de la Plata”. De modo que “argentino” tendría que ser, digamos, un habitante de Martín García, más que yo que he nacido en la calle Tucumán y Sui-pacha, un poco lejos del río, y mucho más que un jujeño o un cordobés, que son de tierra adentro. Bueno, eso se extiende así a tantos nombres... Luego podemos tomar también las palabras abstractas. Si decimos “sub-consciencia” se trata evidentemente de una metáfora, ya que la consciencia no es una cosa extendida y no

puede haber nada debajo de la consciencia, salvo si lo aceptamos como metáfora: sub-consciencia. O “analizar”.

Todas esas palabras tuvieron al principio un sentido físico y luego un sentido moral. En inglés tenemos la palabra “time” que, según los etimólogos, no tiene nada en común con la palabra “tempus”. No. Tiene que ver con la palabra “tide”. En anglosajón se dice “morgent” al tiempo de la mañana. Esa palabra a su vez significó “marea”. Y fue anterior la palabra “marea” a la palabra “tiempo”, que es abstracta. Porque primero se dijo marea y luego se observó que las mareas son periódicas y se recurrió, se inventó o se descubrió el concepto... la palabra “tiempo”.

“*Time and tide wait for no man*”, “el tiempo y la marea no esperan a nadie” se dice en inglés, sin sospechar que las dos palabras son la misma.

“*Zeit*”, en alemán, es la misma palabra. Todas tienen el mismo origen.

Pues bien, si admitimos lo que dijeron Lugones y Emerson, el lenguaje es un tejido que está hecho de metáforas. No podemos pronunciar una palabra sin usar una metáfora. De ahí Lugones sacó la conclusión de que el deber de los poetas es descubrir metáforas, inventar metáforas.

Pero yo creo que Lugones incurrió en un error al decir eso, ya que, si es verdad que toda palabra es una metáfora, también es necesario que olvidemos esa metáfora para entendernos. Es decir, cuando conversamos usamos palabras abstractas y no conviene que pensemos en el sentido etimológico de esas palabras. Por ejemplo, si yo digo: “Un estilo llano”: ¿qué es el “estilo”? El “estilo” es un punzón que usaban los antiguos para escribir sobre cera, y “llano” significa plano, que se parece a una llanura. Pero si al decir “estilo” se piensa en ese punzón ya olvidado, no se entiende lo que yo quiero decir. Es necesario, para entendernos, olvidar que las palabras han sido metáforas, de suerte que, si bien todas las palabras tienen una raíz

metafórica, es necesario olvidar esa raíz para llegar a entender lo que queremos decir, ya que nuestro lenguaje es en buena parte abstracto. Y si pensamos en el origen físico de las palabras corre-mos el albur de no entendernos. Tomemos por ejemplo la palabra “azar”. Todos sabemos muy bien lo que significa el azar, es decir, el azar es lo contingente, lo contrario de lo determinado.

Pero, ¿cuál es el origen de la palabra “azar”? Me han dicho —los estudios etimológicos lo confirman— que “azar” en árabe quiere decir “dado”, de modo que decir juegos de azar es decir juegos de dados, pero otros juegos también, y también el azar que rige nuestra vida. “Regir” tiene el mismo origen que “recto”, “dirigir”, “recto”, “directo” es lo mismo.

Creo que en portugués se dice “a mao de Deus es a mao direita”, es decir, “la mano de Dios es su mano derecha”, ya que “derecho” y “directo” son la misma palabra. Es decir, hemos inventado las metáforas pero es necesario que las olvidemos para entendernos, aunque tienen otro empleo que es el empleo poético.

Lugones creyó que era posible inventar metáforas, y nosotros, los que él llamó la generación de la revista *Proa*, la revista *Martín Fierro*, etc., pensamos lo mismo, pensamos que nuestro deber era inventar metáforas.

Y aquí recuerdo otro ejemplo, un ejemplo hermoso también: la palabra *yoga*. La palabra *yoga* es una disciplina hindú y tiene el mismo origen que la palabra *yugo*, es decir, uno se impone esa disciplina como se impone el *yugo* a los bueyes. Esa palabra es igual en todos los idiomas que yo conozco. Tenemos que en alemán es *joch*; en inglés, *yoke*; en francés, *joug*; en español, *yugo*, y luego en un idioma asiático, *yoga*. Es la misma palabra, nos imponemos una disciplina. Puede ser útil para la poesía recordar el origen etimológico de las cosas pero no para conversar, no para entendernos, ya que todo eso ha sido sublimado, para usar un término psicoanalítico, mejorado por el lenguaje.

Yo, cuando era joven, como todos los hombres de mi generación, creí que mi deber como poeta era inventar metáforas, y así inventamos metáforas; sobre todo inventamos metáforas sobre la luna. Yo no sé por qué pensábamos que nuestro deber era inventar metáforas sobre la luna.

Al mismo tiempo sentíamos temor, el justificado temor de que Lugones ya las hubiera inventado. Y efectivamente, leíamos el *Lunario sentimental* y ahí estaba nuestra metáfora mejor dicha por él. Lugones trató de agotar, en lo posible, el número de metáforas posibles sobre la luna. Encontramos centenares de metáforas sobre la luna en la obra de Lugones, pero no sé si son importantes. Comparar la luna con una moneda, por ejemplo. Efectivamente, las dos son circulares. Compararla con una rueda; también lo son pero, ¿es importante eso? Yo diría que no. En cambio, encontré días pasados una versión de un poeta persa, un poeta sufí. Aquí tendríamos también la etimología de “Sofía”, “sabiduría”, una de las etimologías que se dan de sufí. Él dice esto de la luna: “La luna, espejo del tiempo”. ¡Cuántas cosas sobran aquí! Yo diría que cuando una metáfora, cuando una frase poética es bella, lo es por muchas razones, por una pluralidad de causas. Pensemos en la luna.

Que la luna sea redonda como un espejo es lo de menos, el hecho de que científicamente sea quizás un espejo es lo de menos también. Lo importante es pensar en esa cosa clara, en esa cosa aparentemente frágil...y, sin embargo, “la luna espejo del tiempo”, la luna tan antigua como el tiempo, que no tuvo principio. Recuerdo que San Agustín dijo: *Non in tempore sed cum tempore Deus creabit orbem terrarum*, es decir, “no en el tiempo sino con el tiempo Dios creó el orden de las cosas, creó el mundo”. *Caela et terra*, “los cielos y la tierra”. Bueno, ahí tenemos “la luna espejo del tiempo”: la luna tan tenue, tan frágil, tan amiga de nuestra melancolía... Y, sin embargo, esa luna es eterna, esa luna tiene, por lo menos, la edad del tiempo y seguirá teniéndola. Aquí tenemos una metáfora para la luna que es feliz.

Luego yo llegué al extremo contrario. Llegué a pensar que no sólo no pueden inventarse metáforas, es decir, que las que se inventan son triviales, por ejemplo la de Vicente Huidobro que dijo: “Los ascensores suben como termómetros”. El hecho es cierto, pero al mismo tiempo carece de toda significación poética porque el hecho no nos conmueve, puede solamente ser asombroso. Y, según se sabe, la sorpresa se gasta inmediatamente. La segunda vez que oímos “los ascensores suben como termómetros” ya no nos sorprendemos. Yo llegué a pensar que hay algunas metáforas esenciales, y que esas metáforas siempre son las mismas, y voy a enumerar algunas de las que yo creí haber descubierto. Pero ahora me he dado cuenta de que sí es posible el descubrimiento de metáforas.

Por ejemplo, vamos a tomar una de las metáforas más antiguas, la de comparar el tiempo con un río. No sé si podemos imaginar el tiempo de otro modo. Podemos pensar que el manantial viene desde el pasado y entonces nosotros fluimos con el tiempo o en el tiempo. Pero podemos pensar, como el filósofo inglés Bradley, que el manantial está en el futuro.

Entonces el tiempo corre hacia nosotros, nosotros nadamos contra la corriente, y el momento en el cual el porvenir se vuelve pasado es el presente, es el momento que cambia siempre. Recuerdo un hermoso verso de Boileau, tan hermoso que no parece de Boileau, tiene que haber sido de algún latino. Es así: *Le moment où je parle est déjà loin de moi.*

¡Cuánta melancolía, cuánta melancolía contenida en ese verso! “El momento en que hablo ya está lejos de mí”, es decir, el porvenir se ha vuelto pasado o el pasado se ha hecho presente y es pasado ahora. En fin, yo no sé, lo que ustedes quieran, pero ahí tenemos esa idea del tiempo como un río. Y creo que esa es una afinidad natural, que no podemos pensar en el tiempo de otra manera. O, si no, aquella sentencia de Heráclito a la cual vuelvo, inevitablemente vuelvo, fatalmente vuelvo, cuando Heráclito

dice: “Nadie baja dos veces al mismo río”. ¿Por qué nadie baja dos veces al mismo río? En primer término nos decimos: “porque el río fluye”. Pero eso es lo de menos, lo importante es, como diría Bergson después de Heráclito, que nosotros también somos el río, nosotros somos no menos fluidos que el río, estamos fluyendo y nos perdemos también. Nadie baja dos veces al mismo río porque el río cambia y porque el hombre cambia. El hombre de hoy no es el hombre de ayer; el hombre de mañana no será el de hoy. Mientras hablamos, *le moment où je parle est déjà loin de moi*, está fluyendo el tiempo. Y aquí recuerdo un hermoso verso de Tennyson sobre el tiempo absoluto, el tiempo matemático de Newton —creo que tenía quince años Tennyson cuando lo escribió—, que dice: *Time flowing in the middle of the night*, “el tiempo fluyendo a medianoche”, “el tiempo que corre en mitad de la noche”. Y esto nos da, sentimos, como una especie de temor, una especie de vértigo, como en aquella otra frase que dice “nadie baja dos veces al mismo río”. Pensamos que todo está en silencio, todo está quieto y, mientras tanto, por los campos, por las casas, por los sótanos, por el cielo, está fluyendo el tiempo, ese río igual, periódico.

Es verdad, podemos recordar esto ahora que Bradley pensó que podían existir muchas series de tiempo independientes. Podemos pensar en una serie de tiempo que sería nuestro tiempo, el que compartimos ahora, por ejemplo, en el que yo estoy hablando y ustedes están escuchando.

Eso vendría a ser una serie de tiempo, de tiempo de nuestra historia humana. Pero podría haber otras series de tiempo que no fueran ni contemporáneas, ni posteriores ni anteriores a la nuestra. Y ya que recién hablamos de Bradley, quiero recordar al admirable poeta español Unamuno, que dijo: “El tiempo fluye desde su manantial, que es el futuro”. La misma idea de Bradley: el tiempo que corre hacia nosotros y nosotros que corremos al encuentro del tiempo, en dirección contraria.

Exactamente la misma idea. Bueno, pues esa idea de río y de tiempo yo diría que es una metáfora esencial ya que se encuentra en todas las literaturas, ya que no podemos pensar en el tiempo sin pensar en la idea de que está fluyendo. Esa es una metáfora necesaria. Y luego tendríamos otra que parece menos necesaria y sin embargo lo es: las estrellas, los ojos, en un libro de un autor americano que no he leído, sólo recuerdo el título: *The stars look down*.

“Desde arriba nos miran las estrellas”.

¿Qué está dado en esa frase? Está dada la indiferencia del universo, nuestro destino precedero, lo efímero de nuestro destino, las estrellas que nos miran indiferentes. Pero esa misma idea de las estrellas como ojos puede darse con un efecto completamente distinto; por ejemplo en Chesterton. Cuando Chesterton habla de la noche, habla de la sorpresa que le produce cada noche, como si cada noche fuera la primera, y dice: *A cloud that is larger than the world and a monster made of eyes*; “una nube mayor que el mundo y un monstruo hecho de ojos”, no un monstruo lleno de ojos, como en la revelación de San Juan, sino un monstruo hecho de ojos, lo cual es más terrible. Bueno, pues en ambos casos podemos pensar que eso puede reducirse a la ecuación ojos-estrellas, como lo anterior pudo haberse reducido a la ecuación río-tiempo. Pero esa ecuación es lo de menos, y lo que yo quiero demostrar o, en todo caso insinuar, en esta conferencia, es que la idea de que el tiempo es un río, de que las estrellas son ojos, es lo de menos; lo importante es el modo como se dice. Cuando Chesterton dice: “una nube mayor que el mundo y un monstruo hecho de ojos” logra un efecto de horror que no se da en la otra frase porque todo depende del tono en que esté dicha. Y ya que he mencionado a Chesterton, quiero recordar una metáfora no menos espléndida de Hugo, hoy tan injustamente olvidado: *L'hydre univers tors dans son corps écaillée d'astres*, “la hidra universo” una palabra monstruosa para un monstruo, “retorciendo su cuerpo escamado de estrellas”. Ahí también se logra ese efecto de horror.

Y luego hay otra metáfora que todos los poetas han usado alguna vez, que es la idea de comparar la vida con un sueño, y que corresponde a la filosofía idealista, según se sabe. Y esto puede ser afirmado secamente cuando Calderón dice: “La vida es sueño”, o si no, puede ser afirmado cuando Shakespeare dice que nuestra vida es un sueño, está rodeada por el dormir, por el sueño; o, si no, de un modo mejor aún, por un poeta austriaco, que dice con la misma incertidumbre: “¿He soñado mi vida? ¿Fue cierta? ¿Es superior a las otras?” El hecho mismo de preguntarlo muestra la incertidumbre, se pregunta si él ha soñado su vida.

Y luego tendríamos el ejemplo supremo en aquella parábola del pensador chino Chiang-Tsu cuando dice: “Chiang-Tsu soñó que era una mariposa, y no sabía al despertar si era un hombre que había soñado ser una mariposa o una mariposa que ahora soñaba ser un hombre”.

¡Qué maravillosamente está elegida la palabra mariposa! Porque si Chiang-Tsu hubiera dicho: “Chiang-Tsu soñó que era un tigre”, el tigre no da idea de algo evanescente, de algo frágil. En cambio él quería dar la idea de la vida como algo frágil, como algo dudoso, y eligió por una intuición genial una mariposa. “Chiang-Tsu soñó que era un águila”, o “que era un tigre”, lo cual hubiera estropeado todo. Es decir, lo importante es el modo en el cual se dicen las cosas. Tendríamos otro ejemplo de metáfora eterna, de metáfora que tiene que repetirse, en el hecho de dormir y morir. Sí, *to sleep or just to dream, to die...*, esa idea de que la muerte es un sueño... Homero creo que habla del sueño de bronce de la muerte. Esa idea es también una idea natural, la idea de que el que ha muerto duerme, la idea de un sueño eterno.

Tendríamos pues, reducida la poesía a unas cuantas metáforas esenciales, y la diferencia estaría en el modo en que se dicen. Pero luego encontramos metáforas que son del todo asombrosas, metáforas que parecen corresponder a una intuición inmediata de las

cosas. Creo que éstas, aunque no sean eternas, aunque sólo sirvan una sola vez, son no menos preciosas que las otras. Recuerdo un poema de John Donne a su querida. Ella está desnuda, tendida en el lecho, él está por poseerla; y entonces él la ve a ella y la ve como continente. En aquella época, el siglo XVII, recién se había descubierto América. Y entonces él la ve a ella, piensa que va a poseerla; él ve que en ella también hay colinas, hay valles, que su cuerpo es tan complejo como un mundo y le dice: *Oh, My America, my Newfoundland!*, “¡Oh, mi América, mi Terranova!” Esa metáfora ha sido usada esa sola vez y es una metáfora valdadera, me parece. Tendríamos también esta curiosa metáfora de Shakespeare: *The milk of human kindness*, “la leche de la bondad humana”. ¿Quién hubiera pensado en asociar la idea de bondad y la de leche? Y, sin embargo, Shakespeare lo hace y le sirve a él; sirve una sola vez pero le sirve para siempre.

Yo diría que hay diversos tipos de metáforas. Tenemos las metáforas germánicas antiguas, que son metáforas funcionales, que son justificables lógicamente y, menos eficaces. Si yo digo, por ejemplo, que “la batalla es el encuentro de las lanzas, el encuentro de las espadas, el choque de los escudos”, eso es perfectamente lógico, y tiene más fuerza cuando en la balada anglosajona de Morlden se dice de la batalla que es “vera gente”, es decir, no se dice que es la batalla de las espadas sino que es la batalla de los hombres, y ahí no hay absolutamente ninguna metáfora. Por lo demás, cuando Lugones dijo que la metáfora es el elemento esencial de la Poesía, pudo haber pensado, y sintió, que puede haber frases poéticas que no tienen metáfora. Por ejemplo, en la poesía popular, yo diría que no hay metáforas o que sólo las hay inconscientes.

Por ejemplo, si yo digo: *la bocca me bacciò tutta tremante*, ¿qué metáfora hay? Absolutamente ninguna, no hay dos términos, no hay una cosa que se convierta en otra, no hay esa necesidad misteriosa de no decir una cosa sino de convertirla en otra, narra

simplemente un hecho. Lo épico es, generalmente, lo narrativo, donde no hay comparación, se cuenta una cosa y esa cosa es patética. ¡Pueden encontrarse tantas frases, en toda poesía épica, que no tienen metáforas! Y en la poesía popular tampoco las hay, la metáfora está ausente. Luego tenemos otro tipo de metáforas asombrosas que son las metáforas bíblicas. La imaginación oriental parece trabajar de un modo distinto. Ya cité yo aquello de “la luna, espejo del tiempo”. Pero pensemos en las metáforas de Jesús, pensemos en “arrojar perlas a los puercos”. ¿Cómo pudo llegar esa idea tan rara? O el camello que pasa por el ojo de una aguja, ¿cómo pudo llegarse a eso?

Todo esto que digo nos llevaría a la conclusión —yo hoy quería convencerlos a ustedes de esto ya que yo estoy más o menos convencido aunque nadie está convencido del todo de nada— de que lo importante no es la metáfora sino el modo en que se dice. Lo importante es, digamos, la sintaxis. Yo diría que más que la sintaxis lo importante es la entonación del poeta. Les pido perdón por estos versos de Góngora que voy a citar, son realmente atroces: “la dulce boca que a gustar convida / un humor entre perlas destilado” sugiere una farmacia, es muy triste, perlas por dientes es horrible: “diversamente hermosas las perlas y los dientes”; “la dulce boca que a gustar convida / un humor entre perlas destilado”, es tristísimo... Pero ahora recuerdo una frase del admirable “El libro de las mil noches y una noche”, *The book of a thousand nights*, que dice: “Y el agua de su boca puede apagar el fuego del infierno”. Si las redujéramos a ecuaciones se parecerían mucho, “el agua de su boca puede apagar el fuego del infierno”, “el agua de su boca” y “la dulce boca que a gustar convida / un humor...”, se parecen salvo que una es atroz y la otra es muy linda. Es decir, depende del tono en que se dicen. Y recuerdo ahora un texto, también oriental, una canción hindú, que no sé si la inventó Kipling o si la citó, pero para el caso da lo mismo. Primero voy a decirles cuál es la idea; dice que el amor es cruel, que el amor es inexorable.

Pero, si yo dijera “el amor es cruel”, “el amor es como una espada”, “el amor nos hiere”, no he dicho absolutamente nada. En cambio cuando Kipling, o un poeta hindú a quien él atribuye este verso, dice: “Si no me hubieran dicho que era el amor yo hubiera creído que era una espada desnuda”, eso sí es eficaz; el hecho imposible de confundir el amor con una espada desnuda aunque psicológicamente sea cierto.

Quiero recordar otros ejemplos de metáforas que son eficaces precisamente porque son imposibles. Una es de la “Balada del caballo blanco”, que Chesterton publicó hacia 1912, creo. Se trata de un vikingo, de un pirata escandinavo, que piensa con avidez en los reinos de Europa, él va a conquistarlos, él va a conquistar esos tesoros, serán suyos, es un muchacho joven y animoso. Entonces piensa en todo ese sur que será suyo, y dice: “Mármol como luz de luna maciza”, lo cual es imposible, “oro como fuego congelado”, lo cual es imposible. Precisamente por eso la imagen es bella. *Marble like solid moonlight, gold like a frozen fire.*

Esto nos llevaría a la sospecha de que el sentido de la metáfora, el sentido de un verso, es lo de menos. Puedo recordar aquí a Quevedo cuando dice: “Sus tumbas son de Flandes las campañas / sus epitafios la sangrienta luna”. En primer término uno piensa en la luna debidamente sangrienta sobre el campo de batalla, “la sangrienta luna”; pero luego uno piensa —creo que ese es el sentido que pensó Quevedo, salvo que haya pensado en los dos— en la bandera otomana, ya que en otro poema él mismo lo dice. No importa que le demos uno u otro sentido, la frase en sí es eficaz. Es decir, la comprensión de la frase, la intelección de la frase es menos importante que el efecto inmediato de la frase. Su “epitafio la sangrienta luna”, puede aplicarse a la luna sobre el campo de batalla, a la luna roja como la sangre de los muertos, o a la bandera turca que había sido eclipsada por el duque de Osuna. La frase obra en sí. Igual que cuando Shakespeare dice: “La luna mortal ha padecido su eclipse”. “La luna mortal” puede ser una

metáfora de la reina Isabel comparada, por ser virgen, a Diana. Y entonces puede ser una enfermedad de la reina, que ha pasado. O puede ser “la luna mortal” porque la luna del cielo también es mortal. Pero eso no importa. Yo diría que la poesía debe sentirse inmediatamente.

¿Qué conclusión podemos sacar de todos estos ejemplos que yo he aducido? La conclusión sería esta: sería que lo importante en un poema, quizá en toda literatura, es la entonación, es el tono que se elige. Yo he descubierto, no sé si tengo derecho a citarme, que para mí, si estoy escribiendo un poema, lo importante son los dos primeros versos, los dos o tres primeros versos. Si doy en ellos con la entonación justa estoy salvado.

Si no, si exagero o soy demasiado llano, estoy perdido. Tengo que dar con la entonación que conviene a la emoción. Y la metáfora vendría a ser así una idea abstracta; la metáfora en sí no es importante, aunque es curiosa esa necesidad que tenemos de cambiar las cosas en otras, como si el lenguaje fuera impotente, como si sintiéramos, cuando estamos emocionados, que no podemos decir simplemente “luna”, “amor” o el nombre de la mujer que queremos; tenemos que cambiar en otra cosa, tenemos que tratar de exaltarlo de algún modo. Eso sería la metáfora, simplemente. Vendría a ser el deseo de decir las cosas de otra manera o con otra pasión, ya que las palabras están gastadas, las palabras son una moneda trivial. (“Trivial” es otra metáfora, el *trivium* son las tres artes liberales que se enseñaron al principio).

En fin, tenemos que exaltar y llegamos así a la metáfora. Desde luego, podría estudiarse también, algo que yo no he hecho, esa necesidad que tenemos de no decir la palabra que es el nombre de una cosa, sino de evitar el nombre. La belleza de la metáfora puede ser que se deba a la belleza que hay en la alusión. Mientras tanto, creo poder establecer esta conclusión: lo importante no es la ecuación a que podemos reducir la metáfora. Digamos, los escandinavos y los sajones llamaban a la sangre “el agua de la espada”; se

pensaba que la espada era un dragón, un reptil, que bebía sangre; o, por ejemplo, a la nave la llamaban “el caballo del mar”, ya que recorre el mar como un caballo recorre una pradera.

Pero eso en sí no es importante, lo importante es el momento en el que lo decían, la sintaxis y la voz con la que lo decían. Quizá la voz siempre sea más importante que las palabras que dice. Quizá nosotros juzguemos a los demás, no por lo que dicen o lo que hacen, la gente obra y suele decir del mismo modo, sino por lo que sentimos detrás de ello. A mí me ha sucedido, por ejemplo, conocer a dos hombres en una reunión. Uno de ellos ha dicho cosas brillantes, inteligentes; otro no ha dicho casi nada. Y yo al salir he pensado: “el primero es un tonto, el segundo es un hombre inteligente, es un hombre sensible”, y he tenido razón. Lo mismo ocurre, creo, con el lenguaje. Más importante que las palabras es lo que está detrás de las palabras, o lo que se dice por medio de las palabras o, quizás, a través de las palabras. Espero haberlos convencido a ustedes hoy. Muchísimas gracias, señores.

